



LE MONITEUR DE LA MODE.

Journal du Grand Monde

Coiffettes de la Maison Popolin-Ducarre, 41, r. Vivienne.

Petit-Bord de Maurice Beauvais, 93, r. Richelieu, fleurs de

Mbertens. Dentelles de Volard, bijoux de Gillion.

Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne





LE PARISIEN.

Décembre 1846.

Costumes des Ateliers de M. M. Barde Schmitz & Devallier (12, rue de Choiseul)
Bureaux du Journal, 43, Rue neuve Vivienne à Paris.

LONDON, published at the Moniteur de la Mode Office by F. DUMUS.

15 Greek Street, Soho Square.



15

MODAS DE PARÍS.

Como la ropa blanca ó lencería ocupa en el día un lugar importante en el guardaropa del hombre elegante y de las señoras de buen tono, comenzaremos hoy nuestra acostumbrada tarea, consagrandó á las camisas algun espacio. Las que se consideran como de mejor gusto llevan en el pecho un bordado que figura un peto, y que se guarnece con una cinta de tafetan, rosa ó azul: dicho peto se redondea un poco sobre el hombro.—Las mangas son lisas y bastante ajustadas.—Las camisas que se llevan actualmente, ó sean de invierno, suben hasta el cuello, y el plegado es generalmente á la *etna gona*, y alternando un pliegue regular á pespunte, con otro bordado.—Por lo que hace á los cuellos se usan bien doblados, á la *cortesana*, ó bien derechos, á la *Gabriela*, y con un holerillo de encaje.

La infinita variedad que presentan los trages en su corte y adornos nos impide ocuparnos por hoy separadamente de cada uno de ellos; sin embargo, describiremos los mas notables. Las faldas conservan la misma anchura, aunque el fruncido de la cintura ó los pliegues van un poco inclinados de adelante atras, para que señalen con gracia las caderas, así como las mismas faldas, en su caída, forman un poco de cola, ó acortan de la delantera.—En cuanto al cuerpo se hacen de ellos enteramente cerrados y otros abiertos por la espalda, ó con solo una pequeña abertura; así como el talle, en unos redondo, en otros cerrado, y en alguno que otro ensanchando de arriba abajo como un chaleco, ó sea formando aletas.—Las mangas de los trages de calle se usan comunmente lisas por arriba y plegadas en la parte inferior, con puños muy pequeños; en los mas elegantes se llevan vueltas mosqueadas y muy cortas para que se vea la manga *apâcmis* y con una sobrevuelta de encaje. Las mangas de tela consistente, como el terciopelo, casimir, etc., se ajustan de arriba, y van abiertas por debajo del brazo en forma de herradura.

Las principales guarniciones consisten en bellotitas, lazos de pasamanería, gruesos botones á la *fronda*, bordados á mosquetado, guirnalda y festones á punto *español*, y cintas de terciopelo ó felpillas, con adornos de cordoncillo de seda.

Con los vestidos de damasco azul, ó pekin negro, hacen precioso efecto unos delantales de tiras de ter-

ciopelo, negro tambien, trabadas con cordoncillo de seda azul. A los trages de satin color de vainilla se les pone guarniciones negras; á los de la misma tela verde esmeralda ó negros, guarniciones de color de lila.

A pesar de que como en todas partes el invierno es hoy en París rigoroso sobre todo encarecimiento, la pasamanería, que tan en boga está ahora, comienza á reemplazar á las guarniciones de pieles.—El punto de Venecia y de España se emplea generalmente para las *polkas*: el flequillo *pompadour* con encaje es mucho mas ligero y obtiene justamente la preferencia para los adornos de baile.—A los botones de terciopelo bordados con pasamanería se les da el nombre de botones *soutache*: con la pasamanería de hilo de plata y oro se fabrican elegantes adornos imitando á la redecilla de Venecia.

Pasemos ahora á describir, aunque lijamente, una nueva hechura de capa llamada á la *Irene*, de gusto griego, y destinada principalmente para paseo. Es lisa totalmente, un poco ajustada de los hombros, y ensanchando hácia las faldas: las mangas van guarnecidas con un galon de seda, y desde el sobaco parte una costura que coje todo el largo ó caída de la capa, y sobre la cual se fija un galon. El pecho se abre en forma de herradura y se abrocha con alamares, de que cuelgan cascabelillos de pasamanería. A primera vista la *capa Irene* se parece á la *persana*, que tanto éxito obtuvo en el mundo facionable; pero en realidad aquella aventaja á esta en novedad, riqueza y coquetería.

Los sombreros no han sufrido grande modificacion; solo sí se llevan algo mas anchos de ala y mas largos de abajo, para que ajusten exactamente al contorno de la cara; y con igual objeto se fijan las cintas un poco mas hácia adelante. Los colores vainilla, azul, rojo americano y verde esmeralda, son los que están á la órden del día; aunque no por esto dejan tambien de cruzarse los colores, mas ó menos caprichosamente: en los sombreros grises se llevan guarniciones de terciopelo labrado, rosa ó azul, y en los de terciopelo negro y gró de este último color ó verde clavel, de terciopelo vainilla. Sin embargo, las damas de gusto delicado no han querido aceptar las telas de mezclas ó de matices, y permanecen fieles á los sombreros de un solo color, que adornan con una pluma de avestruz: las de fantasía ó artificiales suelen respirar demasiada coquetería, y no pueden emplearse en adornos de etiqueta.

No cerraremos este artículo sin decir algunas palabras acerca de dos sombreros que pueden considerarse por nuestras amables suscriptoras como la última hora de las modas parisienses: es el uno el sombrero verde-mar, de terciopelo, adornado con una magnífica pluma de avestruz, inclinada con mucha gracia, y rodeado en la parte inferior de la copa de capullos de roble de satin rosa, perdidos entre la blonda; el otro el de terciopelo violeta: este lleva alrededor del casquete adornos también de terciopelo, y al lado derecho un lazo doble de satin violeta, de cuya raíz se desprende una pluma de avestruz, violeta y malva.

GERARDO Y EMILIA.

NOVELA.

LAS VENTAS DEL CASTILLO.

II.

Frugal fué la comida de nuestros jóvenes, y corto el descanso que en posada hicieron. Al cabo de una hora se los veía nuevamente caminar ya por la Sierra de Aracena, embebido Gerardo en las meditaciones que su alma sensible le traía de continuo al pensamiento, y colocado Leandro á su lado sin cuidarse de su melancolía.

De este modo desapareció á su espalda la humilde aldea, y ora trepando riscos y peñascos, ora descendiendo por suaves colinas, llegaron á una alquería de la que se levanta como señora una gran casa, en cuyos muros nuevos se divisan algunos restos de pasada grandeza, acaso traídos allí desde algun edificio cercano destruido por el tiempo, y á que los andaluces dan el nombre de *Ventas del Castillo*.

El sol, en el momento de su llegada, descendía magestuoso á iluminar el opuesto hemisferio. Leandro y Gerardo llevaban andadas ocho leguas, que solo su ardimiento y juventud pudieron permitirles haber corrido á pié. Siete horas escasas era el tiempo empleado en jornada tan larga. Así rendidos por el cansancio, separados de Sevilla por una distancia considerable, y en la seguridad de que nadie, fuera de una muger muy querida para el corazón de Gerardo, sabía el rumbo que habían seguido, resolvieron detenerse y descansar hasta el día siguiente, en que con nuevo aliento les llevase su planta á la frontera de Portugal.

Propio parece describir esta espaciosa y miserable posada, albergue de contrabandistas y guarida aun de

mayores criminales, por mas que difiera bien poco de las demás de su clase, que tanto se parecen entre sí los objetos de una misma especie cuanto es mayor su simplicidad: «todas las casas pobres se parecen, decía Gerardo al poner el pié en el umbral de la venta, todos los mendigos son iguales: la gente de campo tiene un exterior y unos sentimientos parecidos en todas partes.»

Así es la verdad: en cuanto á la venta solo tenia dos departamentos, espaciosos, divididos á lo largo por su mitad con robustos y toscos pedestales que iban a sostener el caballete del cobertizo: el primero, que servia de estancia á los pocos pasajeros y muchos contrabandistas que allí se detenian, tenia á la izquierda una chimenea anchurosa donde ardian en toda estacion cuatro ó seis encinas enteras, y en torno de las que podian colocarse hasta cuarenta personas sentadas en los rústicos banquillos que labran aquellos campesinos con un pedazo de roble y tres ó cuatro estacas que les sirven de pies. El segundo departamento es la caballeriza, que á la sazón ocupaban algunas mulas de mala estampa y peores cualidades, y un soberbio caballo tordo, enjaezado con todo el lujo de la Serranía. No hay allí cámara, alcoba ni estancia donde hacer un descanso placentero, ni cama ni menaje con que reposar tranquilo. Cada pasajero con su mismo equipage improvisa en *las Ventas* el lecho que ha de disfrutar, y la única estancia que le sirvió de sala y comedor se transforma de noche en alcoba, viéndose aquí y allí esparcidos los hombres como en un campo de batalla.

Júzguese la situación de Gerardo, cuyo equipage se reducía al riquísimo *sobretudo* que hemos indicado, y que nunca habia tocado la miseria y las privaciones tan de cerca. Sin embargo, á todo estaba dispuesto; así, suplicando modestamente al ventero le procurase algun medio con que preparar un lecho, logró que llenando un saco, ya roto é inútil, de paja, le acomodasen junto al hogar, lo que casi equivalía á tener una cama de príncipe en aquella ocasion.

Ya se disponía á descansar, cuando un joven de 24 ó 25 años, lleno de gracia, vestido con el airoso traje andaluz, y que indudablemente era el dueño del brioso caballo que estaba en la cuadra, llegó con la escopeta terciada y seguido de dos criados, como de vuelta de caza.

Era el conde del Juncal, cuya quinta distaba poco mas de una legua de las Ventas. Saludó á los que en ellas estaban, y pareció sorprendido al ver á Gerardo.

En efecto, la noble fisonomía de nuestro fugitivo,

su dulce acento, su delicadeza en la conversacion, sus modales, en fin, todo revelaba su alma, su educacion y aun sus pesares, por mas que el traje extraño con que se presentaba quisiese desmentirlos.

El conde le alargó la mano y le preguntó con cortesía adónde se encaminaba por aquellos senderos. El tono de la pregunta, y esa secreta simpatía que induce á tener una confianza ciega en personas desconocidas, hicieron á Gerardo contestar con toda la ingenuidad de su alma: «huyo de mi patria.»

— ¿Acaso alguna locura?... añadió el conde. — No, no, motivos de los que tocan al alma. — Desde luego os ofrezco mi quinta y mi valor. — Lo agradezco, pero lo rehuso: llevo ocho leguas andadas, nadie sabe la direccion en que marchó... son garantías sobradas para creermelo seguro. — No insisto, aunque me interesa la suerte de usted. — Sí, es una historia que algun dia podré revelaros; aunque en prueba de la confianza que me inspirais quiero deciros mi nombre: me llamo Gerardo de Guzman; dentro de poco podreis tener noticias mias desde el vecino reino. Y al pronunciar estas palabras una lágrima asomó silenciosa á sus ojos. El conde estrechó su mano, añadiendo: «pensaba marchar ahora á mi quinta; pero ya no lo haré: mañana saldremos juntos, y á lo menos aceptará usted un caballo y un criado. — Gracias, conde, gracias: nunca se borrará de mi corazon ni de mi memoria ese noble interés. — Descansad; hasta el alba. — ¡Adios!

De allí á un momento Gerardo y Leandro, vestidos, dormian tranquilos en el rústico lecho que les habian preparado. El conde, pensativo, velaba sentado al lado del fuego, devorando recuerdos que le agobiaban. El ventero y dos mozos estaban con él, entre dormidos y despiertos.

A MI LIRA

EN UNA AUSENCIA.

¿Qué siento?... ¿qué me oprime?... ¿qué me ahoga?..

¿Quién fiero así me estrecha la garganta,

Y el suspiro que ardiente se adelanta,

Cual un hierro mortal, bárbara sogá

Detiene en ella con furor que espanta?

¡Ah! ya me vence; qué dolor! ya espiro:

Fatídico estertor ya me sepulta...

¿Será el pesar que eternamente aspiro,

Al que, tomando mayor fuerza, miro

Rasgar el corazon donde se oculta?...

Lira... mi lira... ven! — nunca tan triste

Han de sonar en mi dolor tus cuerdas:

Te empaparé en el llanto que me viste

Un dia derramar, cuando tú diste

Al ancho espacio ronco adios ¿te acuerdas?

Es el mismo pesar, que hora mas grande

Me acometió de súbito, profundo:

Suelta tu llanto, que al sonar rotundo,

Desate el mio, su dureza ablande,

Y vierta este dolor en que me inundo.

Así no moriré — que tu dolencia

Hasta el confin del cántabro taladre.

Téplate ¡ay! con fúnebre cadencia...

Y de una madre llora ya la ausencia...

De una madre ¿lo entiendes? de una madre.

Ella te ha dado tus acordes sonos,

Tu sentimiento y tu sublimidad:

De ella es tu aliento, tus inspiraciones...

Ansia elevarte hasta la eternidad.

Toda eres de ella, toda: en su regazo

Hinchó tus cuerdas de celeste amor...

Llora, pues, llora: se ha roto el lazo

Que te envolvía en su divino ardor.

Llora, y tus ayes armoniosos lleva

Hasta aquella mansion de la virtud...

No grites; gime, en tu respeto prueba

Nuestro amor, nuestro afán y gratitud.

Haz que entienda en tus sonos mis pesares,

Haz que vea en tu *ay* mi corazon:

Que el alma mia con la suya encares;

Muéstrale mi fatídica afliccion.

Que sepa ya que el niño que en su seno

Tierno mecía dos abriles há,

Niño lo mismo, de alegría ageno,

Sin su belleza y sin su brillo está.

Que cuando de sus brazos me he lanzado,

Rebosando en amor y en dulce fé,

Gloria, placeres, todo lo he soñado;

Y solo el dolo y la miseria hallé.

Que en ancho mar rebramador nadando,

Borrascosa tormenta me cansó:

Con su furor luchando y reluchando,

Al cielo he suplicado y no me oyó.

¡Ay, no me oyó! y entonces maldiciente,

Arrastrándome al mundo descendí:

«Uno soy yo» le dije, y sonriente

Tragué su hez y con su hez gemí.

Y un bando vil de impuras cortesanas,

Como de buitres en sangrienta sed,
Con sus besos impúdicos, insanas,
Marchitaron mis labios y mi tez.

Que los sentidos de placer hastiados,
En languidez mis ojos sin fulgor,
Frente abatida, párpados cansados,
Siento en mi ser punzante torcedor.

Que de mi pecho desgarrado mire
Sangre escéptica y negra destilar;
Haz que en su amor sagrado no delire,
Que el resto vea de un atroz luchar.

Y vea... ¿mas qué digo?... Antes perezcan
Todos tus sonos, y tus ecos callen;
Antes, lira, tus cuerdas enmudezcan,
Tus insolentes ébanos estallen;

Antes la mano que te pulsa, en yelo,
E i glacial yelo quede convertida,
Que hasta el dintel del candoroso cielo
Do la inocente sencillez anida,

Hasta los pies de la virtud resuenen
En inquietos acentos mis palabras,
Y de hondo espanto, turbadores, llenen
La mejor madre... Su sepulcro no abras...

Nunca... jamas: tus mágicos acordes,
Mas armoniosos que ante los altares,
Y ante el Dios que ella adora, ante los bordes
De la gloria que espera en sus pesares,

Mas dulces que el aroma de pensiles,
Mas suaves que suspiros virginales,
Mas blandos que esperanzas infantiles,
Tan tiernos como besos maternos,

Lleva hasta allí; y cuando atormentada
Por el dolor de mi distante ausencia
Ante la imagen de su Dios postrada,
Envuelta en luto implore su clemencia:

Cuando vagante en su delirio corra,
E incierta por los tristes aposentos,
Uno á uno fantástica recorra
Con ojos anhelantes, soñolientos:

Y animacion á cada objeto dando,
Suplicante, imperiosa, le sorprende,
Y á cada objeto llegue demandando
Por el vivir de que su vida pende;

Cuando sus brazos ilusoria estienda
Para estrecharme ansiosa al pecho amante,
Y al ver su engaño, el nombre de su prenda,
Cual si la oyera, grite vacilante:

Cuando rendida á su dolor se incline,

De intermitente aspiracion viviendo,
Su vista esconda, su razon fascine,
Y en el desmayo esté desfalleciendo,

Entonces, lira mia, que te escuche
Su corazon, y sus sienes arrullando:
Haz que envuelta en tu bálsamo no luche,
Y el pesadoso afan vaya olvidando.

Dile que soy feliz, que desde el dia
Del triste adios que affige mi memoria
He vivido inundado de alegría;
Ni aun turbada por nube transitoria.

Dile que el mundo donde estoy es bello,
Así cual lo creiamos hermoso,
Que siempre flores con mis plantas huella,
Donde quiera encontrándole virtuoso.

Dile que me acaricia la fortuna,
Que la gloria me ofrece una corona,
Y que la fé que me enseñó en la cuna
Jamás con sus consuelos me abandona.

Verás cuál se estasia, y, dulce llanto
En un gozo sin límites vertiendo,
Olvida al punto su letal quebranto,
Y se aduerme tranquila sonriendo:

Verás como en su sueño temblorosa
Gracias eleva al cielo, y su semblante
Plácido amor angélico rebosa...
Verás su seno alzarse palpitante.

Oye, lira infeliz, si al despertarse
Quiéres que sea un eco de tus sonos,
Y al repetirlos verla recrearse
En tu inmenso tropel de inspiraciones;

Si quieres ver como en su afan te adora,
Si quieres ser de tanto amor querida,
¡Ay! dile esta verdad, — dile que ahora
Eres tú sola quien me das la vida.

JOSÉ MANUEL CARVALLO.

UN ENGAÑO.

— Ha sido casualidad, dijo Monteamor sonriendo;
el baron de Tervis, viajando por Alemania, se presen-
tó en la corte de mi padre, y yo he tenido un gran
placer en devolverle su visita.

— Bravo! muy bien! dijo el baron en voz baja, te-
neis un aplomo escelente.

El astuto estudiante comprendió al momento la ín-
dole de su papel; así que, lo sostuvo durante la soirée

con un éxito maravilloso. Observaba mucho y hablaba poco; pero sus frases eran tan escogidas como concisas y enérgicas, y reunían, además de la brillantez del estilo, una elocuente galantería. Su triunfo fué completo; el conde L'Haumont estaba enamorado de su ilustre presentado, y todos los caballeros se proponían secretamente por modelo á aquel bello hijo de la Germania, tan elegante y tan poético. Pero la que mas pronto cedió al encanto de su singular belleza, y al prestigio de su conversacion, tan interesante como tierna, fué Diana.

Fascinada y conmovida no apartaba un momento sus miradas del príncipe, y cada vez que sus apasionados ojos se encontraban con los de Monteamor, los bajaba ruborizada; su frente se cubría de un ligero carmin, y alegre y llena de orgullo, por la muda admiracion que en ellos leía se veía animada con el atractivo de un cúmulo de sensaciones que nunca pudo sospechar, y cuyos goces saboreaba con una especie de curiosidad llena de cándido embeleso.

Cediendo á las instancias del conde L' Haumont, Monteamor prometió visitar al día siguiente el castillo. Al separarse, el anciano estrechó fuertemente la mano al baron, para demostrarle su agradecimiento por la presentacion del príncipe. Diana tambien dirigió una mirada de gratitud á Tervis, que veía lleno de júbilo el buen éxito de su diabólica invencion, en la que hacia estribar su venganza.

— Bravo! bravo! dijo á Monteamor cuando se hubieron quedado solos: ¡pardiez! que habeis hecho el papel de gran señor con una habilidad admirable.

Monteamor se encogió de hombros, y dijo:

— Por vida mía, señor baron, que nada hay mas fácil que el arte de imitar; y mas pronto hareis de un villano un señor, que de un señor un villano. La humanidad aspira siempre á elevarse.

— Tienes razon; pero, por San Telmo! que has nacido para ser caballero.... y casi me dan ganas de creer que sin saberlo tú, corre sangre ilustre en tus venas.

El estudiante frunció el ceño, y una ráfaga de luz brilló en sus ojos; pero pronto se estinguió, y guardó silencio.

Al día siguiente, el baron y Monteamor volvieron al castillo del conde, donde el estudiante obtuvo un segundo triunfo. Jugaba y perdía con mucha gracia el oro de que le habia provisto el baron. Despues de consumado este sacrificio de moda, el jóven se acercó á Diana y tuvo con ella una larga conferencia, durante la

cual la jóven se transformó completamente. Ya no era la muger orgullosa, burlona, dueña de sí misma y cruel con la natural timidez de un novel amante: habia caído en la red tendida por el baron. Su corazon no era ya libre, y la turbacion se veía retratada en su hechicero semblante. Tambien sintió surgir algunas ideas nuevas dentro de sí misma, cuando Monteamor promovió la conversacion sobre la dicha que habia alcanzado sustrayéndose á la etiqueta. Diana habló del tedio y del fastidio que infundía en su alma su brillo en el gran mundo; Monteamor espuso algunas ideas generales sobre el amor, y Diana estrechó el círculo formulando sus mismos sentimientos. Arrastrada por el interes del asunto, confió á Monteamor sus desgracias, sus esperanzas y las tiernas aspiraciones de su alma; y mostróse cándida y rendida hasta la pasion. El jóven la escuchaba con emocion; y dirigiéndola una espresiva mirada que revelaba el amor y el enternecimiento:

— Es preciso tener, dijo, un alma noble y elevada como la vuestra para comprender el sentimiento que constituye el carácter y la felicidad de la muger; y sin embargo... añadió con cierta especie de recelosa inquietud: ¿no habeis nunca amado?

— Jamás!..... príncipe; ya habreis podido juzgar por los que me rodean: creedme, una sola cualidad, una sola, la de amante tierno y respetuoso, es la que exigiré en el hombre que haya de ser mi esposo. Verdad es que mis apasionados son nobles y ricos; pero bajo sus trages de tereopelo encuentro un corazon que no comprende al mio. Me critican de vanidad y de ambicion! Sí, soy vana, ó mejor dicho, tengo orgullo de sentir en mí cierta sensibilidad que ellos jamás han adivinado; soy ambiciosa! pero.....ambiciosa de amor!.... Quiero ser amada profundamente; no quiero ser juguete de mi esposo, sino su compañera, su amiga. Quiero que mi elegido sea grande en todo; grande por su corazon y grande por sus pensamientos, para elevarme hasta él. Pero para aquellos puede que sea preciso rebajarme, y el amor que se rebaja para encontrar el objeto que le atrae, muere con el desengaño: así lo siente mi corazon. Es necesario que yo ame, que ame con pasion; oh! sin amor no puedo soportar la vida; porque ¿qué es la vida sin amar?... ay! prefiero la muerte!.....

—Vuestras palabras y vuestros pensamientos son los míos. Yo tambien he andado largo tiempo buscando un amor que comprendiera mi amor; pero ay! mi corazon, marchito ya por tantos desengaños, ha caído desfalle-

cido en un abatimiento profundo. Siempre habia creido que las mugeres que por su nacimiento ocupaban un lugar preferente sobre las demas, tendrian un alma tan elevada como su cuna; pero, ah! no he encontrado mas que decepcion, vanidad, coqueteria y corazones insensibles!... Hé aquí los enemigos con quienes he tenido que luchar, y contra los que han ido á desvanecerse mis doradas ilusiones!.....

—Quién, pues, será dichoso, príncipe, si vos no lo sois?

—Ah! nunca os podreis figurar cuán tristes desengaños han venido á destruir mis esperanzas. Vos sois mas dichosa, vos esperais aun. Vos aguardais...

—Yo... aguardar!

—Qué decís?... lo que vuestra hermosa alma me acaba de revelar ¿no se refiere á vos?...

—Puede ser... dijo Diana, apareciendo en su frente un ligero carmin. Pero... no puedo ser engañada?...

—Oh! es imposible?... Si él os ha visto, os ama!... si, como yo, ha podido descubrir esos tesoros de amor que reservais para el esposo de vuestra eleccion; sí, como yo, ha podido admirar vuestra hermosura, y el encanto de esa voz candorosa... os ama, sí, os ama... como yo os amo, señorita!

—Príncipe!...

—Ah! perdon... perdon, si este secreto ha salido de mis labios es porque encerrado en el pecho estaba próximo á ahogarme. Es tanta mi desgracia que me he arrojado ciego á la primera dicha que he entrevisto, á la dicha de amar una muger digna de adoracion, á la dicha de hablarla... de decirla...

La conversacion fué interrumpida por el conde y el baron que se acercaron á los jóvenes; pero Monteamor aun no perdía la esperanza: Diana no habia mostrado, á vista de su amor, ni desden ni desagrado. Un encendido carmin cubria las mejillas de la jóven, sus hermosos ojos permanecian fijos en el príncipe, y una sonrisa seductora brillaba en sus rosados labios. Monteamor exclamaba para sí, embriagado de alegría:

—Soy amado!

El baron, que se hallaba detras de ellos, inclinóse hácia el estudiante y murmuró en voz baja, como si hubiera adivinado su pensamiento:

—Vaya, príncipe, es negocio concluido.

Quince dias despues se preparaban en el castillo de la colina las fiestas para celebrar el casamiento de la bella Diana del Haumont con el príncipe de Hessé.

(Continuará.)

Insertamos con gusto la siguiente composicion, escrita en la antigua habla castellana, y en que su jóven autor ha sabido reproducir con tanto acierto como verdad aquella desaliñada, pero graciosa rusticidad con que un Juan de Mena, un Jorge Manrique y demás poetas de su tiempo cantaron en la infancia de la lengua, sus amorosas trovas.

EN EL ALBUM DE MI HERMANA

AL PARTIR ENFERMA A CANARIAS.

Folgara desta vegada
Loar la tu fermosura,
Con una trova preciada
Para el tu mal reprimir;
Mas pienso que un mal guisado
De mi holganza plascentera,
La dulce trova primera
Non me dejara finir.

Ca si en tiempos de ventura
Paresciere desusado,
tener el laud colgado
Sin amante vibracion,
Maguer que es torba la dicha,
E non gozas bienandanza,
Tampoco manda la usanza
Cantar en satisfaccion.

Mas por ende la su cuita
Del mi pobre pensamiento,
Demanda el contentamiento
Que me impide su salud,
Yo afinaré bien gozoso
En cuanto á mi musa entiende,
E aunque bien non faga ende,
Voy á pulsar el laud.

Mas ¡ay! que en la tierra do vieron los dias
Cruzar la ventura que llueña pasó,
E en tiernos cantares, vertiendo armonías,
Tu larga amistanza solaz recihió;
¿Cuál aire pluguiera ferir la mi lira
Nin cuáles cantares mi voz entonar,
Ansí que en tus males la mente sospira
E llueña de partes allende del mar?

Non trates demandas sembrando cobdicias,
Ca fuera importuna tu honrada ansiedad:
En vez de cantares darette caribcias,
E en vez de recuerdos mi eterna amistad.
E cuando en países afinques llorosa,
Asaz apartada de nuesa region,
Tu fija á la madre, tu esposo á la esposa
Que curen las llagas del su corazon.

E catade bien entrambos:
Estos pactos me guardad,

Ca non fugis de la tierra,
 Enque pasedes la mar.
 Membradvos avedes siempre
 Del mi cariño leal,
 E de la cuitada fembra
 Cuya es mi cara mitad:
 E membradvos así mesmo
 De darnos cuenta cabal,
 E menudamente escripta,
 De vuessa prosperidad:
 Ca yo así vos lo demando
 Preñado de tierno afan,
 Porque de lo subsodicho
 Non fagades e de al.

JOSÉ FERRER.

REFLEXIONES SOBRE LA COQUETERIA.

Estráctadas de una obra francesa y adicionadas por la señori'a M. S. C.

La coquetería es una plaga moral que ha invadido la sociedad con notable perjuicio de las buenas costumbres. Su maligna influencia se estiende á todas las clases, no distingue de sexos ni gerarquías, y es el origen de males incalculables: si tratáramos de investigar el suyo, le hallaríamos en ese amor propio desordenado que buscándose á sí mismo en todo cuanto le rodea, solo atiende á su propia satisfaccion, sin cuidarse de los males ajenos, y que, con tal de apagar la sed que le devora, poco le importa que sea con el llanto de su víctima.

Si reputamos *infame* al hombre que espone su vida por robar una miserable porcion de metal que fácilmente se adquiere ¿con cuánta mas razon deberia recaer esta nota sobre aquellos que á la sombra de una impunidad injusta se atreven á cometer un robo de mayor trascendencia y cuyos perjuicios son tan incalculables cuanto difíciles de resarcir?

Aquellos que por medio de insinuaciones pérfidas y arteros amaños, acaban por hacerse dueños de un corazon, sin mas objeto que el de hacerle juguete de su capricho y trofeo de su loca vanidad, abusando indignamente del mas bello y dulce sentimiento que existe en la naturaleza, sentimiento que fué dado al hombre como una compensacion de los males que sufre, y que el hombre, ingrato y corrompido, ha trocado en instrumento de su mal, convirtiendo el bálsamo en veneno. Este abuso, moralmente considerado, es un crimen de *lesa humanidad*.

Con increíble indiferencia tolera la sociedad este abuso fatal que tanto la perjudica, al paso que agobia con su desprecio al hombre honrado y pacífico que, por justas consideraciones, rehusa aceptar un desafío reprobado por todas las leyes divinas y humanas, y acoge con benevolencia al seductor y á la coqueta, que han hollado impunemente las del honor y la virtud. De este modo el mal se ha estendido y ha echado tan

profundas raices, que no es posible remediarlo con estériles reflexiones, que tal vez parecerán hoy dia ridículas, ó cuando menos exageradas. Sin embargo, no dejaremos de ofrecerlas á la consideracion de nuestros lectores; pues por muy escaso que sea el fruto que de ellas recojamos, siempre bastará á recompensar ámpliamente la tarea que en obsequio suyo nos hemos impuesto; y no porque sea débil nuestra voz, dejaremos de alzarla en defensa de los hollados derechos de la humanidad, diciendo á los jóvenes de ambos sexos: si quereis ser amados no procureis haceros amar sino de aquellos á quienes podais ofrecer un corazon en cambio del que le pedís, de lo contrario, sereis responsables ante Dios, cuya justicia no es como la del mundo, del mal que habeis hecho: y ese mal es mucho mayor de lo que pensais, porque vosotros no sabeis lo que es tener un corazon sensible; no, no lo sabeis, porque si lo supiérais, obraríais de otro modo; y no sin razon se ha dicho: *que el amor es el mayor de los males, cuando no es el mayor de los bienes.*"

Y si os aterra la idea de causar una herida grave y dolorosa, pero que el bálsamo ó el cauterio pueden cicatrizar, con mas razon debe horrorizaros el pensamiento de la que habeis hecho en el alma de aquellos cuyo único delito fué amaros y creer en vuestras engañosas palabras, ó lo que es lo mismo, en vuestras artificiosas insinuaciones. Consideradlo bien, y convendreis en que la coquetería es un artificio bajo y ageno de la honradez, impropio de un corazon sensible é indigno de un alma noble.

Hombres! si por ventura habeis experimentado lo que es el amor de una madre, si conoceis lo que vale el cariño de una hermana, si habeis merecido la confianza de una amiga, sabreis lo que es el corazon de una muger virtuosa, cuán profundamente se graba en él la imágen del objeto amado, cuán difícil es borrarla, y qué horroroso vacío queda en él despues de haberlo conseguido. Hartos males han cabido en patrimonio al sexo débil; guardaos de aumentarlos; no querais por un efímero y vano deseo de agradar, haceros reos de su infortunio, y agravar los males que afligen á la triste humanidad. Las heridas que haceis en el corazon de la muger, verdad es que no sacan sangre, pero hacen caer gota á gota la hiel en sus entrañas, emponzoñan la existencia y corrompen lo que hay de mas bello y mas santo en el alma.

¿Qué podremos decir á las mugeres? Consulten ellas su propio corazon; él hablará con mas elocuencia de la que nosotros pudiéramos emplear: la naturaleza las ha dotado de mayor grado de sensibilidad, y de una delicadeza de sentimientos que el hombre desconoceria si ellas no procurasen trasmitírsela. Por ventura ¿no son ellas las encargadas de velar sobre la cuna del hombre? no es la muger la que sostiene y dirige sus primeros pasos en el mundo? ¿no es de ella tambien de quien recibe las primeras impresiones? A vosotras, pues, os toca el procurar que las impresiones que de vosotras recibe el hombre sean tan puras y virtuo-

sas como debe serlo nuestro corazón; y puesto que el cielo os ha dotado con tanta riqueza de atractivos, pensad que habeis de dar estrecha cuenta del uso que hagais de ellos. ¡Mujeres! vuestra influencia es grande en el bien y en el mal; regocijaos siempre que la empleeis en obsequio de la virtud y en beneficio de vuestros semejantes; pero temblad, si abusais de vuestros dones, porque grande será también vuestra responsabilidad. No deis entrada en vuestro corazón á la frívola y perjudicial coquetería; no queráis emplear en obsequio del vicio los dones con que la naturaleza os ha dotado; cultivad el germen precioso de las virtudes para transmitirle á vuestros hijos, para difundirle en torno vuestro. La rosa no solo brilla en la tierra por sus colores, exhala también un aroma que sube al cielo y embalsama la atmósfera en que habita: de nada sirve que os adornen los colores de la hermosura si os falta el aroma de la virtud.

Finalmente, diremos á entrambos sexos: *«amaos los unos á los otros*, pero amaos con ese amor puro, sublime, desinteresado, que eleva y ennoblece el alma. Ese amor, que es una emanación del que Dios tiene á sus criaturas, que nos levanta al cielo en vez de humillarnos sobre la tierra, y cuyo único objeto, cuya mejor recompensa es *la felicidad del objeto amado*.

REVISTA DE TEATROS

PRINCIPE. La función notable de este teatro ha sido el beneficio de la célebre actriz doña Matilde Díez; *¡Si no vieran las mugeres!!...* comedia refundida por Breton de los Herreros, se reduce á que Federico, favorito del César, está enamorado de Isabel, hija de un duque desterrado y que vive en un castillo. Los dos amantes andan de caza, él con el monarca, y ella con su inseparable doncella; ruégala Federico se retire á su morada porque no la vea el César, temeroso de verle prendado de su hermosura. Aunque Isabel promete ocultarse, no obstante, la curiosidad la obliga á conocer al emperador, el que no puede menos de quedar enamorado. De aquí el seguir el monarca festejando á la jóven, y de aquí el sufrimiento de celos y penas en toda la comedia para Federico, que al cabo se casa con su amada porque tanto ella como su padre el duque, lo solicitan del César.

El argumento no debía existir si Federico desde las primeras escenas en que el rey le promete proteger su elección, hubiese confesado que amaba á Isabel, pero sin saber por qué se obstina en manifestar no solo que no ama, sino que su corazón está muy lejos de ser sensible á los encantos de las mugeres.

De estos defectos adolecen muchas de las comedias

antiguas y no pocas de las modernas, pero en cambio tienen aquellas, hermosísimos versos y no poco ingenio en los giros del diálogo.

La ejecución fué excelente, y tal como solo pueden alcanzarla los grandes artistas que reúne este teatro.

Además se representó la pieza en un acto: *Por no explicarse!!...* que todo el enredo estriba en que el jóven don Vicente, y la hechicera hija de su principal, rico comerciante de Barcelona, se han criado juntos, y con ellos un amor que en la niñez fué inocente y de travesura, y después ha llegado á herir el corazón con violencia. Don Vicente es tímido, recogido y desconfía de ser amado; la jóven por el contrario, busca con travesura y viveza el obligarle á que se declare. El padre que ve á su hija sufrir, y no halla el objeto de sus amores, se escuden en poner medios de aclarar su duda y casar á su hija. Primero hostiga á Vicente, y este que de continuo se queja de las persecuciones de la niña, y las cree nacidas de que le aborrece y se complace en mortificarle, casi desengaña al padre, respecto á sus dudas. Llega en tal ocasión un barón, arruinado que, aceptando una comisión del comerciante para Filipinas, era esperado. Su finura, el haberle conocido la jóven en tertulias y bailes de la corte, y el intentar por fin ver si la enamora, hacen creer al padre que es el elegido por el corazón de su hija; y y cuando le hostiga á casarse y ya lo tiene conseguido, se declarar al cabo Vicente y su amada, parte el barón y el padre se halla con una solución aunque distinta, lisonjera para él.

El carácter del padre es exagerado: la timidez de Vicente casi llega á tontuna, y en fin, no faltan lunares á la composición, pero ¿quién podía ver sin entusiasmo la ejecución, siendo Matilde, los Romeas y Latorre, los actores? No es extraño, el que el público, con una mirada, un encogimiento de hombros, de don Julian Romea, una travesura, un *ay* de Matilde, ó un suspiro de Latorre, rompiese en palmadas y bravos.

CRUZ. *Macallister*, célebre prestidigitador, que antes se decía jugador de manos, es una notabilidad que llama con razón la atención del público. No está puesto con el mejor gusto el escenario, que parece un monumento de iglesia en semana Santa, ni puede despojarse á este espectáculo de cierta pesadez indispensable para dar tiempo á efectuar los cambios y preparaciones de una suerte, pero no hay duda en que estas son admirables, y ejecutadas con extraordinaria limpieza. Debe verse al señor Macallister, siquiera una vez.